

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



MAYO.—NÚM. 6 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administracion, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripcion es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

La abeja, por M. Stram.—Moisés en el Nilo, poesía, por V. H.—A la Señorita Doña Maria de la Bella Fernandez, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Salir de la tumba, por P. F.—Seccion doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

HISTORIA NATURAL.

LA ABEJA.

TRABAJOS E INSTRUMENTOS DE ESTAS.

II.

En los hermosos dias del estío, en aquel tiempo de alegría y de júbilo, cuando todo está en movimiento en el reino animal, no hay criaturas mas activas ni mas útiles para nosotros que las abejas.

Vuelan al rededor de su colmena, se dispersan por todas partes, y van á recoger miel y ce-

ra entre los estambres y los jugos de las flores. Apenas ha pasado el invierno, y en un tiempo en que pudiera aun temerse que les dañase el frio, y que se entorpeciesen sus delicados miembros, se les ve en las campiñas. Cuando los jugos de las flores que comiezan á abrirse, no han recibido todavía del sol una coaccion suficiente para dar miel en abundancia, no por eso dejan de juntar las abejas la poca que hay para mantenerse; pero doblan sensiblemente sus cuidados y su actividad en la primavera y el verano.

Nunca están ociosas en estas estaciones: hacen cuanto pueden, y no se desdennan de las pequeñas utilidades, con tal que puedan aumentar algun tanto sus provisiones. Figurémonos una de estas infatigables obreras, toda cubierta de un polvo amarillo, extendidas las piernas y medio agoviadas de su carga, tomar el vuelo por los aires, atravesar las llanuras, los rios y sombrias arboledas, seguir conocidos rumbos, y llegar en fin zumbando al cavernoso tronco de un viejo roble. Aquí una multitud de pequeños individuos semejantes á ella, entran y salen incesantemente ocupados en los trabajos mas interesantes. Esta obrera solo es un miembro de una numerosa república, y esta misma república no es mas que una pequeña colonia de la inmensa nacion de las abejas, espar-

cida por toda la tierra, desde el Ecuador hasta los bordes del mar Glacial.

La estructura de estos insectos merece con preferencia nuestro estudio, á causa de los pormenores maravillosos que nos presta. Las abejas tienen adornada la cabeza con dos antenas, que ponen á cubierto sus ojos, las hacen advertir los peligros, y tomar las precauciones convenientes contra cuanto pudiera dañarlas. A los lados de la cabeza están colocados dos ojos de una figura convexa y ovalada, y retinosos ó de facetas, y en la parte mas alta y mas trasera de esta, tienen otros tres mas pequeños, lisos y situados á manera de un triángulo. También tienen dos dientes, mandíbulas ó sierras, que juegan abriéndose y cerrándose de la izquierda á la derecha, y las sirven de manos para recoger la cera, amasarla, construir sus alvéolos, y arrojar fuera de la colmena todo aquello que les incomoda.

Debajo de estos dos dientes se ve una trompa: máquina asombrosa, compuesta de mas de veinte partes, cuyos resortes ha descrito Mr. de Reaumur con la exactitud y sagacidad que acostumbra.

La abeja la despliega y prolonga á su arbitrio, y chupando con ella las flores hace pasar la miel á uno de sus dos estómagos, porque el otro está reservado para depositar la cera. A la simple vista parece cercada esta trompa de cuatro especies de escamas que le sirven de estuche, y que juntas forman un canal por donde corre la miel.

La trompa, situada en este canal, es un cuerpo musculoso que, mediante sus movimientos vermiculares, hace subir la miel al gástrico.

Separados los dientes, se observa en el orificio de la trompa una abertura que es la boca, y se descubre además una parte carnosa, que hace las veces de lengua.

El coselete está unido á la cabeza por un cuello sumamente corto; tiene cuatro alas encima y seis piernas debajo, de las cuales las dos traseras son mas largas que las otras, y tienen por defuera en su medio una cavidad á manera de escudilla, cercada de pelo algo tieso, llamada por Mr. Reaumur «poleta triangular»; y en esta especie de cestita reúnen las abejas poco á poco las partículas de cera en bruto que recojen de las flores.

Las extremidades de las seis piernas terminan en dos géneros de garabatos, con que se asen juntas á las paredes de la colmena, y unas á otras.

Del medio de estos dos garabatillos se elevan

en sus cuatro piernas traseras cuatro brochas, de que se valen para amontonar el polvo de los estambres (el pólen), pegado al pelo de su cuerpo; de modo que estas brochas hacen para el efecto oficio de manos.

El cuerpo propiamente dicho, ó el vientre está unido al coselete por una especie de hilito, y se compone de seis anillos escamosos. Se dejan observar sobre el coselete y anillos del cuerpo unas aberturitas por donde respira la abeja, las cuales son sus pulmones, llamados «estigmas», y algunas veces tráqueas en los demás insectos.

Esta parte, que tiene una estructura maravillosa, les es comun con todos los insectos en general.

Lo interior del vientre encierra los intestinos que sirven, como en casi todos los animales, para la digestión del alimento; la «botella de la miel», que contiene la que recogen las abejas, de la que una parte sirve para alimentarlas, y la otra la desembuchan y reservan colocándola en las celdillas del almacén; la «vejiga de la hiel», que está en el nacimiento del aguijón y situada en la extremidad del vientre. Este pequeño dardo, que se descubre á la vista, y que parece tan delgado, es un tubito hueco de una materia escamosa, que es como la vaina del verdadero aguijón, y aun este se compone de dos tubos pegados, que juegan solos ó reunidos al arbitrio de la abeja.

Su extremidad, cortada á manera de sierra, tiene los dientes vueltos en la dirección del hierro de una flecha, entra con facilidad y no puede salir sin hacer terribles roturas, y mediante un esfuerzo que, por lo comun, viene á ser fatal al insecto que ha lanzado este aguijón.

Los machos ó los zánganos tienen los dientes muchos menores que las abejas obreras: así es que no hacen uso de ellos como estas para la recolección de la miel.

Su trompa es mas corta, lo que hace que les cueste mucho el extraer la miel de las flores, donde está escondida en glándulas á una grande profundidad: no se sirven, pues, de ella sino para chupar la necesaria para sustentarse, sin contribuir á la recolección como las demás. Carecen de paleta triangular en las piernas, y sus brochas no están adaptadas al propio uso que las de las abejas.

Las reinas ó madres, lo mismo que los zánganos, no tienen en las piernas traseras paleta triangular, adecuada para recoger la materia de la cera, ni tampoco brochas en la extremidad de las piernas.

Sus alas son muy cortas, y esta es la causa

de que la reina vuele con mayor dificultad que las abejas comunes: así pocas veces llega el caso de hacer uso de sus alas, como lo nota Mr. Valmont de Bomare, de quien hemos tomado esta relacion circunstanciada, que puede aun extenderse en mas por menores.

Consultando las memorias de Mr. de Réaumur, se observa en la descripcion de las tres especies de abejas que componen una colmena, la mas admirable y siempre constante proporcion, no menos que en las demás obras del Criador, entre la estructura de las partes de estos insectos y su destino.

Lo que hemos dicho hasta aquí en orden á sus diversos instrumentos, es lo bastante para darnos idea del uso que hacen de ellos. Despues de haber extraido la miel de las glandulitas situadas en el fondo del cáliz de las flores que encierran este dulce néctar, van, como ya hemos notado, á desembucharla en las celdillas donde la depositan, con la precaucion de cubrirlas con un taponcito de cera; sin embargo dejan algunas abiertas para las necesidades diarias de su pequeña sociedad.

Tambien van las obreras á recoger en las flores el polvo de los estambres, la cera en bruto; y cuando las flores no están aun bien abiertas comprimen con los dientes las puntas de los estambres, donde saben se hallan encerrados los granos del polvo, para obligarles á abrirse, y hacer su recoleccion.

Pronto se ve que la industriosa abeja se sumerge en lo interior de las flores mas abundantes en polvo, carga de él el vello de que está cubierto su cuerpo, le desprende despues con las brochas de sus piernas: le reune y forma con él dos bolitas, que las piernas del segundo par colocan en la cavidad ó paleta triangular, situada en las piernas del tercero.

Cargada de este precioso botin vuelve la abeja á la colmena; y apenas llega, cuando vienen otras muchas abejas que desprenden con sus sierras una pequeña porcion de aquella cera, la que hacen pasar á uno de los dos estómagos de que hemos hablado.

Allí es donde se elaboran maravillosamente, extrayéndose la verdadera cera en muy pequeña cantidad de la cera en bruto, de la cual una parte les sirve para alimentarse, y la restante es arrojada como excremento.

Por lo que toca á la cera extraida y elaborada, las abejas las desembuchan bajo la forma de una especie de pasta ó papilla, y con el auxilio de la lengua, de los dientes y de los piés, construyen los alvéolos, cuya figura llamó nuestra atencion en el artículo precedente.

Luego que esta pasta está seca, toma la naturaleza de nuestra cera ordinaria, y mientras se mantiene dúctil, se presta fácilmente á todas las formas que le quiere dar la abeja: en suma, es para esta lo que el barro en manos del alfarero.

La actividad de esas criaturillas es sin duda tan admirable, que debe excitar nuestra emulacion y servirnos de modelo. Dotados nosotros de una alma de un precio inestimable, ¿con qué aplicacion no deberemos trabajar en hacerla feliz, y evitar todo lo que pueda conducirla á su perdicion!

El fruto de nuestros trabajos no está ligado á un corto número de dias ó de años, sino que una eternidad entera ha de ser nuestra recompensa. La abeja junta miel no para sí, sino para el hombre, al paso que nosotros aplicándonos á la sabiduría trabajamos para nosotros mismos, y recogemos frutos para la inmortalidad. Desempeñemos, pues, con celo las obligaciones de nuestra vocacion, cumplamos con el cargo que se nos ha impuesto, y trabajemos mientras es de dia, porque viene la noche en la que nadie puede trabajar.

O hombre, no te desdénas de ir á la escuela de la abeja; considera esta sabia obrera, y contempla sus trabajos. Admira su actividad y la industria con que sabe aprovecharse de todo. Siempre ocupada, siempre infatigable, trabaja mañana y tarde, y lleva con constancia las faenas de su corta vida. ¿Y querrás tú debilitarte en la indolencia y en la ociosidad, ó consumir tus dias en frívolos placeres? ¡Ah! antes bien aplícate á ser aun mas laborioso que la abeja, que no ha recibido como tú el presente inestimable de la razon. Tu vida es corta: empléala, pues, toda á la gloria de tu Dios, al bien de tus semejantes y á tu propia salvacion. El tiempo que te ha dado el Criador, no debes perderle en la inaccion ni en la molicie; y respeto á que has recibido de su mano liberal la vida, la inteligencia y las fuerzas, santificalas por el amor al trabajo, y consagra tus tiernos años, tu juventud, tu edad viril, y tu vejez al servicio de tu divino Maestro.

(Continuará.)

M. STURM.

MOISÉS EN EL NILO.

«Venid hermanas, á la luz naciente
Que aun tímido derrama el nuevo día:
Sin fuerza y sin calor, está mas fría
Del caudaloso Nilo la corriente;
Aun descansadamente
Duerme en su choza el segador, desierto
El ancho campo está; rumor incierto
Levanta apenas la ciudad lejana.
Nuestros castos placeres, al abrigo
Del frondoso ramaje, por testigo
Solo tendrán la luz de la mañana.

«De las lujosas artes
El mágico esplendor por todas partes
En el palacio de mi padre brilla;
Pero más á mis ojos
Es bella con sus flores esta orilla,
Que la esculpida frente
De blanco mármol ó de jaspes rojos:
Los trinos, no aprendidos, de las aves
Son para mí los cantos mas suaves;
Y el soplo embalsamado del ambiente
Al aroma prefiero
Que humea en esmaltado pebetero.

«¡Se desliza tan mansa la corriente!
¡Con tan límpido azul brillan los cielos!
La corona quitadme de la frente,
Descendidme estos velos;
Pues con vosotras en el seno frío
Quiero jugar del murmurante río.

«Venid: démonos prisa:
Mas ¿qué es aquello ¡oh Dios! que se divisa
Sobre el agua, cubierto
Por la bruma indecisa?
No temais: será palma del desierto
Por la veloz corriente arrebatada.
Mas ¿qué mis ojos ven? Es la sagrada
Barquilla de Hermes ó la concha de Isis,
Que la brisa conduce cariñosa.
Pero no; es breve esquife do reposa
Un niño, que del río
Sobre las mansas aguas se adormece
Cual de su madre sobre el blanco pecho,
Y en el agua parece
Flotando, el breve lecho
De cándida paloma pobre nido,
Ya despierta: venid; ¿no habeis oído?

Lora. ¿Qué madre impía ¡santo cielo!
Habrá podido abandonarle? Tiende
Las manos sin consuelo;
No hay salvacion alguna,
Y solo de la muerte le defiende
De mimbres débil cuna.
«¡Oh! salvemos, salvemos su existencia!
Quizás es hijo de Israel: mi padre
Los proscribiera ¡proscribe la inocencia!
¡Qué injusta crueldad! ¡Infeliz niño!
Yo quiero ser tu madre;
Tu desgracia despierta mi cariño:
No te la di, mas guardaré tu vida.»

Isis hablaba así, la hija querida
De un rey poderosísimo, y sus huella
Seguian juntas en alegre coro
Sus hermosas doncellas,
Y más hermosa que ellas,
Si la esbelta princesa desceñia
Su vestidura azul, bordada de oro,
La diosa de las aguas parecía.

Ya tiembla, por que roza
Su delicada planta el agua fría:
Pero avanza, y al niño que solloza
La compasion le guia.
Ya la cuna alcanzó: por vez primera
Al candor inocente
Se unió el orgullo en su serena frente.
Á lentos pasos torna; en la ribera
Deja la humilde cuna
Sobre el margen florido;
Y sus doncellas todas, una á una,
Sonriendo al infeliz raciennacido,
Con alegre embeleso
Imprimen en su frente dulce beso.

Ven, ven; tú que á lo lejos apartada,
Por duda horrible el corazón opreso.
Mirabas á ese niño, cuya vida
Dios protector guardó: no temas nada,
Ven cual desconocida;
Estrecha entre tus brazos
Al hijo de tu amor: esos abrazos,
Esas lágrimas ¡ay! ese cariño,
No tengas miedo que te vendan: Isis
No es madre todavía!

Y mientras lleva la doncella pia
Al despiado rey el tierno niño,
Aun bañado en los lloros maternos,
En el cielo resuena la armonia
Del querubíneo coro,
Que al compás de las arpas inmortales
Dice en himno sonoro:

«No solloces, Jacob; no mas tu llanto
En servidumbre dura
A la corriente impura
Mezcles del ancho Nilo; el Jordan santo
Te brinda sus riberas.
Llega el día, las horas van ligeras.
Del tirano la cólera abatida,
Verá Geseu, las tribus prisioneras
Huyendo hácia la tierra prometida.

«Ese niño, en las aguas sumergido,
Que liberta una virgen de la muerte,
En el Siná de Dios será escogido,
El será de las plagas el rey fuerte.
Humillaos, vosotros que altaneros
Miráis al cielo con desden profundo;
Esa cuna, que veis sin conmoveros.
Ha de salvar al mundo.»

V. H.

A LA SEÑORITA

DOÑA MARIA DE LA BELLA FERNANDEZ.

Tu frente es el asiento
de la inocencia;
tu boca como el cáliz
de una azucena:
y es tu mirada
cual la luz de la luna,
tímida y casta,

Yo, hija mia, que vivo
de tí muy lejos,
yo, que no escuché nunca
tu dulce acento;
yo, que daría
por verte y admirarte
toda una vida.

Entre los blancos pliegues
de un abanico,
un suspiro te mando
de tu cariño,
que un ángel eres,
y Bella como el nombre
el alma tienes.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SALIR DE LA TUMBA.

(Continuacion.)

Presentose Dick con los mondadientes, y tras él, entró un jóven que miró todo el cuarto muy asombrado: al ver á M. Lowter soltó un oh!! modulado á la inglesa con tres inflexiones de voz cacofónicas: Dick se volvió y repitió esta exclamacion exactamente como un eco.

—¡Que singular! exclamó el recién venido.

—Caballero, dijo Lowter señalando la puerta, no os conozco.

El recién venido bajó los ojos pero no se retiró.

—Me llamo Roberto Stevenson, dijo saludando respetuosamente.

M. Lowter no contestó.

—¿No conoceis mi nombre á lo menos? añadió Roberto.

—Supongo que será alguna equivocacion, dijo el banquero; acabemos.

—¡Es singular! repitió Roberto estupefacto. ¿No sois M. Peter Lawter, banquero de Londres?

El interpelado hizo señal á Dick para que saliese.

—¿Por qué me lo preguntais? dijo despues de cerrar la puerta.

—¿Por qué? exclamo el joven. Vamos, comienzo á creer que me he equivocado. Es cierto que vos no acostumbrais... quiero decir que, M. Lowter no acostumbra tratar á sus dependientes, pero no puede ignorar el nombre de su factor.

—¡Ah! exclamó el banquero estupefacto: ¿pues que? no ha muerto?

—Vamos, repuso Stevenson sonriendo, no os burleis de mí, sois vos, ¿no es cierto?

El banquero hizo una señal negativa.

—¿Queno? Pues puedo juraros que no calienta el sol dos hombres mas parecidos; Mas cómo habeis de ser vos M. Lowter si hace tres dias estaba en Lóndres y estoy seguro de que no ha venido en el mismo barco que yo?

Peter Lowter recorria el cuarto á grandes pasos haciendo mil conjeturas. Stevenson aprovechó aquel momento é hizo ademan de retirarse. M. Stevenson, dijo de repente el banquero; hace mucho tiempo que conocí á ese M. Lowter de Lóndres cuyo apellido tengo; me alegro mucho de que no haya muerto, y... ¿Habeis almorzado M. Stevenson?

Poco despues se encontraban los dos ingleses

frente á frente con un almuerzo digno de la fonda Meurice. Merced á la prodigiosa facultad de dilatación con que están dotados los estómagos ingleses, pudo el banquero competir dignamente con su huésped. Este era joven, sencillo y bastante expansivo. Comenzada la conversación pudo saber M. Lowter que era hijo de M. Stevenson, banquero de Edimburgo y corresponsal de la casa de Lowter. Hacia seis meses que estaba en ella, en cuyo tiempo se había enamorado de miss Ana. Mistress Lowter miraba este amor con benevolencia y la linda Ana también, á lo menos lo esperaba así Roberto, pero se le oponía un grande obstáculo; estaba de por medio Tomás Bage.

Acerca del banquero no sabía que pensar; era un sujeto muy singular. Cuando acababa de llegar, encargado de cobrar algunos créditos, había oído pronunciar su nombre y había pedido sus señas.

—La semejanza era completa, añadió Stevenson; la pintura que me hacían era el retrato de mi principal... y á fe mía que cuanto más os miro... Pero dejémos esto. No me ocurrió al pronto que era imposible hallarle aquí, y lo deseaba tanto más cuanto que aun no he tenido ese honor.

—¿Como! exclamó Peter Lowter, ¿en seis meses que estais en su casa?...

Stevenson hacia saltar en aquel momento el tapon de la tercera botella de Oporto; concluida esta importante operación apoyó los codos sobre la mesa, y guiñando el ojo, dijo á su compañero:

—Ya veis que ahí hay gato encerrado. Por Londres corren ciertas voces...

—Yasabía yo que mi memoria no me engañaba, dijo el banquero; recordaba yo haber oído que había muerto.

—¿Muerto? no se. Ahora dicen que está loco.

Peter Lowter hizo un ademán de incredulidad.

—No lo dudeis, repuso Stevenson; así se dice y la casa no gana nada en ello.

—¿Pero qué motivos hay?...

—El principal hace mucho más de un año se ha hecho poner entre cristales.

—¿Entre cristales?

—Me explicaré; ha hecho cerrar su gabinete con un atajado de cristales enrejado, á través del cual se le ve sentado de espaldas, y vestido lo mismo en invierno que en verano con una bata ferrada.

—Y que hace allí?

—Dios y Bage lo saben. A menudo impide verlo una tupida cortina de sarga, pero todo nos hace creer que pasa los días enteros trabajando.

Por la noche, Tomás Bage, que es el único que tiene la llave del santuario, entra con luces y la comida para el principal.

—¿Ese Bage no es el primer dependiente? preguntó M. Lowter.

—Ha ascendido; está asociado, ó cosa por el estilo.

—Ya comprendo; tiene la firma.

—No; M. Lowter solo...

—Pardiez, exclamó el banquero, me alegraría mucho de ver cualquier cosa firmada por M. Lowter.

Stevenson había honrado el almuerzo y había acariciado más de lo regular á las botellas; así es que no vió la repentina animación que tomaron las miradas de su compatriota.

—No hay cosa más fácil, le dijo,

Y sacó de la cartera una carta de crédito fechada en Londres cuatro días antes. M. Lowter se apoderó de ella y la examinó rápidamente.

—Ya lo veo, dijo entre dientes, esta es mi rubrica muy bien contrahecha; esto es fácil; pero quien es el otro yo? ¿quien representa mi papel en Londres, de modo que engaña á todos mis dependientes?... Mi querido Stevenson, continuó echándole un vaso de Champagne, tened la bondad de proseguir.

—¿En qué estábamos? preguntó Roberto; creo que os decía que miss Ana es la muchacha más linda que hay en el mundo: figuraos...

—Hablabamos de su padre. Deciais que cuando anocheceia....

—Al anoecer se le sirve la comida.

—¿Y come?

—Yo creo que sí.

—¿Lo habeis visto?

—No, porque Bage corre la cortina, habeis de saber que ese Bage es un miserable que quiere á mis Ana, antes morirá yo que se case él con mis Lowter.

El banquero no atendia: se frotaba rápidamente las manos, y una ligera sonrisa animaba sus marmóreas facciones.

—Eso es, decía para sí, no puede ser otra cosa... Aunque tengo que vivir seis meses, he de saber si lo he acertado.

Estaba hallado el pretexto, y bien mirado era más que suficiente. ¿Que hombre pensaria en morir antes de quitar la máscara al insolente que se apropiaba de su nombre?

P. F.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(Continuacion.)

—Sabeis amigos míos, de lo que debemos hablar hoy? preguntó la Marquesa de la Fé á sus colonos y dependientes, luego que pasaron algunos momentos y los vió á todos en torno de ella.

—Sí: ayer nos explicó V. E. así, aun que de un modo indirecto el sexto mandamiento, y hoy es claro que irá á tratar del sétimo.

—Eso es, pero vamos á ver; tú, Anita, que tanto deseo muestras de aprender, dinos á que se refiere.

—Oh! señora, murmuró la niña: no cabe duda que es *No hurtar*.

—Bueno: pero ¿sabes tú á lo que esa prohibicion nos obliga.

—Oh! sí: nos prohíbe tomar nada que no sea nuestro, ni quedarnos jamás con lo que á otro pertenece.

—Bien, hija mía, y segun eso, vosotros todos, estoy segura de que direis en vuestro interior: ¿A qué nos hablará de esto nuestra anciana señora, si eso atañe á los ladrones ó bandoleros y nosotros somos unas gentes honradas? es verdad que así lo pensais?

—A la verdad, señora, yo no he robado jamás á nadie, ni, Dios me libre, he tomado cosa que no fuera de mi propiedad, dijo Julian rápidamente.

—Oh! ni yo, exclamó José el jardinero.

—Ni yo.

—Ni yo!

Fueron repitiendo uno á uno.

—Mucho me complace escucharos, amigos míos, pues eso me prueba vuestra rectitud y buen deseo de ser siempre fieles á Dios: Pero es menester aclarar un poco la cuestion para estar seguros de que jamás hemos faltado al precepto significado con la palabra *No Hurtar*.

—Como, señora! exclamó Anita, animada por la bondad que siempre le manifestaba su señora. Pues que ¿esto tiene otro significado por ventura? no hurtar, ¿no es solo simplemente no apoderarnos de los bienes de otro?

—No, hija mía, no por cierto. Hay en la vida tantos infames ladrones, que se juzgan exentos de esta culpa! hay tantos que van á la iglesia, y se arrodillan, y piden á Dios misericordia, despues de haber robado villanamente á sus infelices hermanos!

—Es de veras? preguntó cándidamente Rosa, que educada en una aldea, conocia muy poco las cuestiones de la vida práctica.

—Ay! querida mía, dijo con cariño la Marquesa, que tu no puedes comprender muchas miserias sociales que nos rodean por todas partes; no puedes saber que existe un mal que lo invade todo, un afán que domina los corazones y avasalla las conciencias; un deseo que se sobrepone á todas la consideraciones, á todos los buenos

principios; y este afán, este deseo, esta ambicion, es la del dinero, es la de la riqueza, es la del oro, móvil fatal de todas las acciones y norte donde hoy se fijan las miradas de la sociedad. Tu no sabes, hija mía, que para adquirir algunas monedas, algunas ectáreas, de tierra, ó alguna propiedad reproductiva, no solo se apela al engaño, al fraude, á la bajeza, sino que olvidando los medios para llegar al fin, se vende el honor, se venden los sentimientos, se vende ¡ay! se vende hasta el alma! el alma que no nos pertenece y de la cual Dios nos pedirá cuenta algun día!

La anciana calló algunos instantes, hasta que al cabo continuó,

—Quizá será demasiado extensa al explicaros este mandamiento; quizá me detendré mucho al hablaros de él: pero es tanto lo que encierra, pueden padecerse tantas equivocaciones, ya por ignorancia, ya por que el egoismo y la ambicion nos dominan y no queremos ver claro, que estoy cierta que la infraccion de este precepto es la que mancha mas almas y no las deja volar desembarazadamente hasta Dios, su principio y su fin, y la única riqueza por que debemos suspirar.

Para conseguir mi objeto, para que no os quede duda entre lo que es pecado ó no, podemos clasificar los medios del robo y la índole de los bandoleros que se cruzan con nosotros á cada paso y todos los días, empezando por los que mas abundan, por los que son mas comunes, por los que como una plaga espantosa, se encuentran en todos los círculos, brotan en cada uno de los peldaños de la escala social, y segun su clase y sus condiciones y sus recursos, todo lo invaden, todo lo minan, todo lo destruyen, amasando con sangre y con lágrimas el barro y la arena, con que forman el pedestal de la estatua de su fortuna. Estos bandidos, estos vampiros, este cáncer de la paz y el sosiego de las familias, son los usureros. Vosotros debéis haberles visto! ¡son por desgracia tan pocos los que desconocen ese tipo!

—Un usurero... exclamó Julieta con viveza, mira, mira, abuelita, ¿se llaman así los que dan dinero á los pobres para que luego se lo devuelvan poco á poco, y ha los que toman alhajas ó efectos en prenda de aquel dinero, y, á los que?...

—Sí, hija mía; y esos son, los de mas baja esfera, pues hay otros muchos, en escala mayor y bajo distintas formas, pero no menos terribles, no menos culpables que esos.

—Ay! abuelita; ¡y yo que creí que eran muy buenos y que ayudaban á los desgraciados y que les protegían de ese modo!

Una amarguísima sonrisa plegó los labios de la noble señora que continuó,

—Por desgracia, hija mía, te engañas lastimosamente. Su ayuda es el ópio que se administra al enfermo para calmar un dolor agudo; el ópio no cura, adormece, pero abusando de él, destruye y mata. Es la sanguijuela que se aplica al paciente cuando su sangre está inflamada; pero que dejándola un momento mas que el necesario, extraería lentamente su sangre hasta dejarle sin una sola gota, tornándole en un cadáver.

La ciencia sin embargo no encuentra á veces otros medios para que el desgraciado sufra menos, como nuestra pobre y enferma y debilitada sociedad no encuentra otro modo de combatir su miseria sino con otra miseria mayor; la usura.

Oh! desgraciado del que una vez busca en ella recursos por que muy tarde ó nunca podrá librarse de la cadena con que le sujeta, del yugo con que le oprime, de la perenne tenacidad con que absorbe sus lágrimas y sus fuerzas y su vida.

—Hay, mamá mia, me asusta el oírte, ¿con qué todo eso hace el usurero? entonces Dios no los perdonará, ¿es verdad?

—Dios, Julieta mia, es tan grande y tan misericordioso que lo perdona todo: pero para que tú veas que este pecado, es aun peor que los demás, sabe que todas las culpas quedan borradas con un instante de contrición, con un ligero golpe de pecho, pero esta no solo necesita el arrepentimiento, sino la acción; á él que la ha cometido y quiere expiarla y enmendarse de ella, no basta solo, como en todo le demás decir sencillamente, Señor pequé! es preciso añadir, para ser perdonados, «Señor restituí.»

—Pues entonces, murmuró Julian, estoy cierto que muy pocos se salvarán, por que eso de devolver lo que han robado.... siendo un usurero, lo creo tan difícil!

—Sí que lo es, añadió la Marquesa, y mucho mas cuando no solo de la cantidad mal adquirida es de lo que hay que rezarcir á su dueño, sino de todas las pérdidas y los perjuicios que por aquella causa sufrió!

—Vamos, señora, entonces podemos decir que ninguno entrará en el cielo.

—Si se arrepintieran sinceramente... añadió la Marquesa,

—Entonces sin duda, pero...

—Si yo fuera á deciros, amigos míos, las fatales efectos de la usura, es seguro que no acabaría nunca de hablar: pero os referiré dos hechos solos, que bastarán por sí mismos á mostraros las desgracias que trae en pos, y la terrible cuenta que Dios debe pedir en su día al que la ejerce en este mundo.

—Muy bien, abuelita, así me gusta, cuando nos cuentas esos ejemplos que tu sabes, lo entendemos todo mejor, pues parece que los casos que nos refieres están pasando á nuestra vista, dijo Julieta muy contenta.

—El ejemplo, hija mia, es un gran medio de enseñanza, por que los hechos son siempre mas elocuentes que las palabras.

Oídme pues. Madrid es el punto donde se puede adquirir mas pronto una posición y una fortuna, pero es tambien el sitio donde se pierden ambas cosas con mayor facilidad. Allí vivia hace hace algunos años, un joven llamada Pablo Requena, hombre de gran génio, de gran corazón, y sobre todo, de una lealtad á toda prueba. Era pintor, era un artista á quien Dios ofrecia un brillante porvenir, por que le habia dotado de una inspiración y un talento jigante que le abrian á la par las puertas de la gloria y de la fortuna.

Se habia casado con una joven bellísima y buena, hija de un hombre rico, pero avaro en demasía, que creyendo aquel enlace contrario á sus intereses, se opuso abiertamente á él, cerrando á ambos jóvenes las puertas de su casa. Pero ellos vivian amándose, confiando en Dios y esperando en la suerte.

Un día, sin embargo, la providencia, mandó la des-

gracia llamar á sus puertas, y una terrible enfermedad postrando á Pablo en el lecho, le tuvo por muchos dias al borde del sepulcro, y consumió los ahoros adquiridos con el trabajo y las vigillas.

Maria, su amante esposa, no omitió cuidado ni desvelo alguno para salvarle, consultó médicos, agotó recursos y cuando ya no le quedaba medio alguno, recurrió á su padre, pidiéndole perdon y rogándole la amparase en aquel infortunio.

Ya os he dicho que aquel hombre era un avaro, y con esto comprendereis que desoyó los ruegos de su pobre hija.

La situación de esta fué muy terrible entonces, pues como único recurso de salvar al que tanto amaba, los médicos habian ordenado las aguas de Panticosa, y despues un viaje de recreo, de dos ó tres meses.

Maria, loca de dolor, pero entreviendo aquella esperanza recurrió al último extremo para salvar á su esposo, recurrió á la usura.

Yo no se como, ni quien la puso en comunicacion con el agente de uno de esos hombres de que antes os he hablado. La joven se entendió con él y le pidió una suma de mil duros con las condiciones que el quisiera imponerle.

El aspecto de la casa aun era bueno; algunos cuadros de un excesivo mérito empezados en el taller, parecian ofrecer una seguridad moral para el cobro de aquel dinero, pero la fianza material era casi nula, y por consiguiente se presentaron algunas dificultades que se tardó algun tiempo en vencer. Pero como supondreis, hijos míos, esto dobló los réditos que los desgraciados debian pagar.

Maria convenció á su esposo á que pasase por todo, á que á todo se aviniese, y aprovechando un instante en que el pobre enfermo apenas tenia conciencia de lo que hacia, le obligó á firmar un documento que mas tarde debia ser su completa ruina, mucho mas cuando por un exceso de delicadeza y de vergüenza, Pablo firmó con su nombre, pero con su segundo apellido solo.

Los jóvenes pudieron partir.

El pobre enfermo pareció recobrar alguna vida, cuando salió de Madrid, y cuando rodeado de comodidades y bien estar respiró el aire puro del campo y sintió sobre su frente las brisas perfumadas de los valles y las montañas.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:--Imprenta de La Madre de Familia.